

AWEN Y EL CONCILIO DE LOS LOBOS

Juan Andres Gutierrez

Image not found.

Capítulo 1

EL CAZADOR Y LA PRESA

La primera vez que contemplé su rostro quede anonadado, aprisionado en una cárcel interior, mi pecho se oprimió y toda mi sangre de golpe se amotinó en mi cabeza.

Su nombre, Awen, la pequeña Awen, su rostro blanco, sus ojos azules conquistaban la eternidad y en ellos observaba como los albatros se paseaban con entereza, sus mejillas sonrosadas y sus trenzas doradas dejaban escapar una luz de lo profundo de su blanca y bella frente.

La ultima vez que la vi por los sembradíos, se paseaba con su canasta, arrancando pequeñas cerezas de los arbustos, tomaba un banco de madera y así lograba escalar hasta las frondas mas altas del árbol, cerca de ella siempre estaba Doru, su perro ovejero, pastando como siempre, observando el horizonte, observando como el cielo se rompía y se declaraba una tarde convulsa, una tarde roja, tan roja como la sangre.

Awen vivía en una aldea de Biertan, una pequeña aldea de Rumania, su madre una anciana condenada a la hoguera, había muerto cuando aun Awen era una niña, su padre fue devorado por los lobos en las puertas de la ciudad. A las 6 de la tarde la iglesia solía estar atestada por la muchedumbre, las puertas de cada casa solían estar protegidas con cruces, ajos y púas de plata. Aun rondaban leyendas y mitos de seres indomables del inframundo, no muertos y hombres lobos que en la noche devoraban a sus victimas, las noches del pequeño pueblo eran intranquilas, los padres protegían a sus hijas, velaban cerca a sus ventanas con escopetas y balas de plata, los cirios nunca, nunca se apagaban.

Awen esa noche dormía solitaria y triste en un viejo establo, en un altillo, descansaba con el fuerte Doru, su mirada y astucia siempre alertaba a Awen de la visita de algún forastero o algún intruso que deseara tomar el establo como hogar de paso, siempre gruñía y sus ojos centellaban. Raramente, en el establo no relinchaban los potros, todos habían perecido por los ataques de los lobos, cada luna llena penetraban la ciudad.

Antes de morir su madre, a Awen le fue otorgado el Totem del Lobo, en una vieja ceremonia Awen fue consagrada a los viejos aulladores de los

Carpatos, fue alimentada con carne de alce, en su espalda llevó piel de lobo y tuvo que andar por los valles oscuros durante noches enteras. El último día fue ingresada en una cueva, solitaria, en los bosques, una cueva oscura donde descansaba una manada de lobos, si era aceptada viviría, si los lobos la rechazaban, sería devorada.

Al amanecer Awen salió de la cueva triunfante, con una leve mordida en el brazo derecho, con sus ojos blancos y sus fauces pronunciadas, pequeñas garras en sus dedos y un aroma nauseabundo, su boca ensangrentada le daba la afirmación al viejo aquelarre. Awen era una Aulladora.

Esa noche Awen atisbó una sombra que se asomaba cerca al establo, el viejo Tom clavó sus pupilas en el cielo y fue atrapado por la luna que resplandecía en él, lanzó un ladrido fantasmal y arrancó a correr a toda prisa, se abalanzó sobre el hombre que husmeaba, aprisionó su cuello salvajemente hasta quebrarlo, tras el, se asomó su ama, con su boca desencajada, sus ojos blancos, su cuerpo peludo, aullando y transformada en un lobo humano, dos hombres, compañeros del esclavo que había atrapado Dorus se ocultaban en los árboles, la mujer los olfateó con premura y fue en caza de ellos, el primero intentó luchar pero Awen lo levantó, arrojándolo contra la pared del establo, el segundo emprendió la huida pero se encontró que el lobo humano le cerraba el paso con un terrorífico mugido, lo atrapó en sus fauces y lo fue devorando lentamente.

Doru llevó los cuerpos al río y dejó que la corriente los arrastrara. A la mañana siguiente los periódicos delataron el brutal ataque, el titular se paseaba por el clamor de cada vocero del periódico "The new Bran" los lobos regresaban a Biertan. Pero algo no encajaba en la escena del crimen, en el mal oliente establo un hombre había quedado con vida, un hombre envuelto en el heno, un hombre había sido rescatado cuando unos pastores dieron con el establo, con las marcas de sangre y rastros de la feroz emboscada.

Era un hombre joven, de unos 23 años, ahora se encontraba custodiado en el hospital principal, donde dormía convaleciente por una crisis nerviosa, Awen Observó el periódico al amanecer, al pasearse por la plaza central con su vestido aristócrata, sus pómulos pronunciados y sus labios rojos como la sangre, su rostro palideció, su pecho se contrajo, la comisura de sus labios dejó escapar una baba mortífera, se preguntaba ¿cómo no lo había olfateado? ¿Cómo no lo había percibido en la noche? ¿Acaso que tenía de especial aquel hombre para que el destino le permitiera escapar de sus influjos? La mujer prometió cazarlo así le costara su pellejo, ningún mortal había escapado a su mordida y él no

sería el primero. ¿Pero como lo encontraría? Si no podía olfatearlo.

En su castillo, en las colinas altas, en el viejo castillo del concilio de los lobos, contempló toda su aldea, pequeña pero a la vez gigante sin su olfato, esperaría la noche y atacaría, atacaría sin piedad al sobreviviente, lo mataría, devoraría hasta el último trozo de sus huesos, se lo tragaría, moriría, envió al viejo perro protector a husmear la ciudad mientras ella se alistaba para la cacería.

La tarde se puso, en el cielo se alzaba la luna llena, Awen hermosa y esplendida con su vestido de terciopelo de corte victoriano; levantó su cabeza al cielo que esparcía sobre su rostro una luz blanca, la luna estaba en su cenit, su cuerpo se fue desfigurando, sus brazos se alargaron y cobraron músculos como una bestia, su cabeza ahora parecía la de una hiena que suplicaba libertad de su cadena, su cuerpo parecía al de un león, fuerte, con sus ojos blancos como la nieve, reventó un aullido contra la aldea y en su furia arrancó a correr.

Tras pasó pequeñas viñas, sembradíos, saltó verjas, en su paso devoró una oveja y se interno en el bosque, arribando a la ciudad, los hombres descansaban con sus escopetas en los ventanales, el perro del infierno corría por las calles con furia, Awen se acercó al hospital, destrozó las puertas, recorrió los pasillos, los cirios proyectaban difusas sombras, entró a la habitación 2302 y observó a la bestia, al pequeño Doru, su viejo perro protector, su animal tutelar, su Totem, muerto, con una estaca de plata atravesando su corazón y envuelto en llamas, Awen, rugió con violencia, sus ojos permanecían rojos, sus fauces crujían, su cuerpo había cobrado volumen y sus garras eran largas.

Saltó por la ventana, irrumpió en las casas vecinas, se escucharon escopetazos y gritos, gritos de ancianos, de mujeres y niñas, gritos, plegarias, clamores, se escucharon aullidos, Awen había convocado a la manada, Awen controlaba los lobos, ahora era la noche, el concilio de los lobos, venían por su venganza, un muerto de los suyos era la extinción de un pueblo, era el precio.

Biertan había desaparecido, los abuelos no pudieron proteger a sus hijas, todas las balas de plata no pudieron contener a la jauría, quizás el hombre había muerto, quizás su acérrimo enemigo, el asesino de Doru había fallecido en mano de la jauría, al fin, nadie había sobrevivido, nadie, toda la sangre y todos los huesos habían sido consumidos por los lobos. Los periódicos rumanos atestiguaron en sus páginas el trágico hecho, pero indultaron a los lobos, una gran peste había azotado el pequeño pueblo, una peste, la peste negra. El pueblo fue aislado.

Awen viajó por todos los Cárpatos en su viejo caballo, mitad demonio, mitad equino, viajó al concilio de lupus a las afueras de Bucovina, allí encontró a los viejos nigromantes, a los viejos licántropos, reunidos, allí el

anciano Velkan la tomó de la mano y le dijo suavemente - nuestra comunidad corre peligro, un humano ha sobrevivido al ataque. Si no lo detenemos, todos se enteraran de nuestra existencia. Es labor tuya atraparlo. - Awen encendió en ira ¿quien era ese mortal para que pudiera escapar de la jauría y para que pudiera pasar desapercibido? Velkan, le dio el viejo amuleto de la sangre y la vida, de la noche y la luna llena. Así atraerás al joven cazador, así el vendrá a ti, ellos han existido y han manchado su cuerpo con la sangre de los lobos, por eso no puedes olfatearlo, pero él te encontrara, él vendrá a ti, solo tendrás que saber reconocerlo, el amuleto lo atraerá.

Awen marchó con el sequito otorgado por Velkan y con un nuevo Totem, con un nuevo animal tutelar, llamado Dragos, los animales tutelares eran de gran importancia para la jauría ya que eran espíritus del antiguo mundo, convocados en el cuerpo de una bestia, perros grandes que ofrecían un poder sobre humano a los hombres lobos, el perder a su tótem significaba perder gran parte de su fuerza y sus habilidades.

Un carruaje condujo toda la noche, llevando a la princesa Awen, la condujo por Moldavia, Walachia, un sendero largo y ancho que simplemente evitaba el contacto con los humanos y los guardias, en Trigoviste descansó la mujer lobo, en su forma humana, tomó una rosa roja que descansaba en el piso y escucho el galopar de un caballo con prisa, era un hombre joven, blanco, con ojos brillantes y tristes, la luna había desaparecido la noche pasada, el día de la matanza, ahora la joven mujer tendría treinta días, treinta días como humana, hasta volver a sentir los influjos de la luna, los influjos, de la muerte. El joven le contó que se dirigía a Brasov, un pequeño pueblo de Transilvania, algo surgió en Awen, algo, algo que el talismán no podía protegerla. Awen, sintió por primera vez su corazón latir con fuerza y en dirección a un hombre joven. El hombre se despidió del sequito y la doncella emprendiendo su huída.

Valak regia el pueblo de Brasov por medio de su hijo el duque Vasile, Trigoviste también era una ciudad aliada que comandaba el viejo rey de la garra sangrienta, así ocultaban su existencia a la muchedumbre, así arrasaban pueblos enteros y borraban sus huellas como borra el viento y el mar las huellas en la arena. Vasile ofreció un baile para todo Brasov, era necesario que toda la ciudad supiera la llegada de la doncella, entre más pública fuera su presentación en sociedad menor seria la sospecha, pues el hombre, el cazador solo había contemplado el lado salvaje de Awen no su forma humana.

Esa misma noche Awen bailó feliz, con certeza de que su viejo cazador perecería en los próximos días, cuando la luna le otorgara de nuevo la fuerza y el vigor, la sed y el hambre, la mirada blanca y la mandíbula desencajada, Awen bailó con uno, dos, tres hombres y en esa noche, en

medio del baile, mientras sus pies se elevaban del mármol frío y de la alfombra roja, el hombre joven que la abordó en el camino la agarró de sus manos y la condujo en una contradanza; Sandu, le dijo, - Sandu es mi nombre- que hermosa eres, tus ojos azules, tus bucles de oro, tu piel, tu cuello- Awen danzaba con su vestido de terciopelo, su vestido gris, el piano resonaba, los violines, las mascararas se apoderaban de los rostros, Sandu la llevó a la vieja recamara, besó sus hombros, besó sus brazos, despojó su vestido y en su cama se embriago con el cuerpo de Awen, con la joven mujer, ella sintió que sus ojos centelleaban pero no de furia, no de sed de carne y sangre, si no de compasión, de ternura. Sandu amaneció con ella, acostados cuerpo a cuerpo, como si la muerte los abrazara, como si la parca construyera un pequeño recinto de mármol, adornado con rosas e incienso para ellos dos, por un momento. ¿Te veré en unas semanas? Pregunto el joven, Awen asintió con la cabeza.

Unas semanas después la casa de Valak fue incendiada, el viejo lobo seguía con vida, los hombres bestias no temían al fuego, aunque su cuerpo fuera quemado en una hoguera, horas después se regeneraría, la mansión de Trigoviste fue arrasada por completo. Pero Valak era un perro viejo, sabia que el cazador vendría por él, aunque no podía olfatearlo si podía presentirlo, como el cazador ponía trampas el viejo perro también, dejó llena las inmediaciones de su mansión de artefactos para animales salvajes y en una de ellas el cazador había sido herido, había sido aprisionado levemente en una trampa para osos, se había liberado y continuado con su empresa, pero Valak sabia que solo necesitaba unas gotas de sangre para rastrearlo, solo unas gotas. Valak llevó la sangre con Awen y se la dio a beber, ahora solo esperaba la luna llena, la luna y la reivindicación de la jauría.

Sandu envió una carta a la doncella, la citaba en los bosques de Besarabia, Awen sabia que la luna llena estaría en su apogeo, sabia que era la primera noche de luna llena y que estaría oculta por el cielo nublado, sabia que podía contenerse, pero no si algo despertaba su furia, no si algo desataba a la bestia que vivía en su cuerpo hermoso y en su rostro blanco, dejaría de ser Awen la de rostro almidonado y bucles de oro y seria un demonio, la propia bestia. En la noche de san Juan Awen se dirigió en su calesa, con su ama y el paje que conducía sus caballos, esperaba a Sandu, verlo, contemplarlo, recordar la noche en que su cuerpo humano se entrego sin violencia, sin sangre a un hombre, a un varón, a un duque quizás, a un príncipe. Al descender de su carruaje, Awen sintió sobre si el poder de la luna, su destello fragante en su alma, no penetraba las nubes, no la contemplaba, porque las nubes la ocultaban de sus azulados ojos, pero eso no impidió que la bestia cobrara una mediana forma a su voluntad y devorara a su paje y a su ama, el paje intentó correr pero la princesa se abalanzó sobre su cuello, lo remato con un golpe en sus entrañas, su ama, la vieja Ozana, gritaba sin parar, apretujaba su rostro con sus manos, paralizada por ver a la bestia, Awen dio un llamado con una risa macabra y apareció Dragos el cual se abismó

sobre Ozana, jugueteó primero con ella.

La doncella sintió un dolor profundo en su vientre, la doblegó, su talismán se tornó azul, la sangre del cazador golpeaba sus venas, las nubes se habían desasido como papel en el agua, Sandu estaría cerca, aunque faltaba una hora era peligroso, en esa forma, convertida en lobo podría matar a su amado, Awen sabía que podía cazar a su verdugo y volver a la cita aunque fuera manchada en sangre, la mujer lobo se precipitó por la ladera dejándose guiar por su olfato, corría rápido, no aullaba para no dar aviso, tan solo corría, cerca, observó un carruaje mediano, con unas maletas en su techo, un hombre llevaba las riendas cubierto con una capa negra, se agazapó al lado del sendero, sabía ella que el cazador estaba en ese carruaje, que la esperaba quizás con una escopeta, con una estaca o quizás fuera una trampa. Sandu ya debería haber llegado a Besarabia, si se percataba de la calesa y los rastros de sangre quizás levantarían sospecha.

entre sus manos aprisionó su amuleto, gracias a Valak sabía que la sangre no mentía, el cazador era el hombre de capa negra que conducía el carruaje, encomendó la tarea a Dragos de penetrar en forma de un galgo el carruaje, Dragos asumió la orden y con destreza y felicidad se coló por la portezuela, el hombre bajó con un rifle, contempló al viejo galgo que lo engañaba con su disfraz, el viejo demonio vestido de Ángel, el cazador ahuyentó al perro y Dragos descendió inteligentemente por la portezuela posterior, lo que permitió que Awen tuviera un panorama del cazador y pudiera evidenciar que se encontraba solo.

Awen clavó sus ojos en la luna, sus ojos azules ahora eran blancos, en ellos se podía dilucidar pequeñas vetas grises como cráteres, dio dos zancadas y mientras el hombre tomaba las riendas lo atacó desprevenido por un costado, lo hirió de muerte en su pecho y en su vientre, el hombre se arrastró hacia un árbol, tomando su escopeta descargó dos balazos que dieron en la madera brillante y esmaltada de la carreta, la mujer lobo con violencia lo despojó de su capa, levantó su garra y al alistar su último zarpazo, de su rostro, del rostro del hombre, resbaló su capa. Era Sandu que la observaba angustiado, envuelto en sangre y agonizando, ella envuelta en lágrimas tomó su humana forma y gritó con un rugido femenino y de bestia, pronunció su nombre: ¡Sandu! Y se acostó en su pecho, acarició su rostro, su joven rostro, Sandu con su último aliento, le dijo a Awen - siempre te amare, tienes que matarme, no deseo convertirme, pronto sobre mí caerá el influjo de la luna- ella gemía desconsolada, acarició el rostro del joven, -no, no puedo- Sandu apretó su mano fuertemente y dijo: - tienes que hacerlo -

Awen reclinó su cabeza, la luna rompió su llanto al igual que su corazón, aulló con fuerza, con fuerza y clavó sus fauces en el cuello de Sandu, rompiendo su espina, el joven ahora descansaba con su cuello quebrado, Awen había liberado a su amor de su condena, era el último vestigio de

nobleza y humanidad que la acompañaba, Awen cobró fuerzas, tomó el sendero con su vestido ensangrentado, con sus bucles de oro, con su cuerpo delgado y sus ojos azules, gimiendo se internó en el bosque aullando como un lobo apaleado.